

## ¿CIENCIA O ARTE?<sup>68</sup>

La política, la sana política, la política de ideales y de altura, ¿puede clasificarse entre las ciencias, o es un simple arte, de escabroso y difícil manejo?

Tal es una de las cuestiones que en su jugosa tesis profesional se plantea a sí mismo el joven abogado Corzo Molina.

Responde él a la interrogación con una rotunda y doble negativa. Para él la política no es ciencia, ni tampoco es un arte.

No es ciencia —opina Corzo Molina—, porque le falta una de las características esenciales de aquella, o sea su generalidad, su aptitud para sentar conclusiones que sean válidas en todo tiempo y lugar. Y es claro que la política “no dispone, hasta hoy, de principios que lo mismo sean eficaces para la conducción del Estado X, que para la del Estado A”.

Tampoco llega la política a la categoría de arte —afirma Corzo—, ya que por arte debe entenderse “un sistema de reglas que señalen los caminos, los procedimientos y los causes, dentro de los cuales puedan ser eficaces los principios de las ciencias correspondientes”

Lamento de todas vedas tener que discrepar, en este punto, de la opinión de mi estimado amigo, el compañero Corzo.

Me creo obligado a sostener que la política sí constituye un arte, el arte gobernar, en el que han sobresalido muchos hombres geniales, o simplemente talentosos.

Richelieu, Napoleón, Cavour, Bismarck, fueron a no dudarlo, verdaderos maestros en el arte de gobernar, o sea en el excogitar y aplicar los medios y los procedimientos propios en cada país y en cada época para llevar a feliz término las empresas, reformas o medidas de utilidad general que la situación reclame.

Si la sana política debe ser, pues, la adaptación a las necesidades y posibilidades del momento; si ella no es ni debe ser otra cosa que “el arte

68 *El Universal*, 19 de abril de 1944.

de lo posible en vista o en busca de lo probable”; claro está que para ella o para sus procedimientos no pueden regir normas de carácter general que pretendan abarcar todos los casos posibles.

Por eso se ha dicho que la política tiene la movilidad del agua. Regla o método de acción que es útil o provechoso para hoy, puede dejar de serlo para el día de mañana.

A la política no es, pues, de modo alguno aplicable, la vulgar definición de arte: conjunto de reglas para hacer bien una cosa. Al político o al estadista, no pueden fijársele, como al pintor, al arquitecto, al dibujante o al artesano, reglas o métodos concebidos de antemano. En política la regla surge de las circunstancias o de los matices siempre cambiantes.

El político de verdad, el auténtico conductor de pueblos, tiene que descubrir, tiene que crear sus propios métodos; ya que los que sirven para un país o para un momento dado, serían tal vez desastrosos o inaplicables para otros diversos.

Napoleón, en este caso, nos da la fórmula verdadera.

“A cada día, su trabajo: A CADA CIRCUNSTANCIA, su ley; a cada uno según su naturaleza.”

“A cada circunstancia su ley.” Imposible caracterizar mejor el procedimiento, el criterio propio de la política.

No una regla, y la misma, para todos los casos, para todos los tiempos y para todos los países.

Al contrario: una regla, un método, una norma especial para cada caso ocurrente.

De allí lo estorbo que resultan los sistemas, los programas, las “ideologías” cerradas, en materia de acción política.

Todos los grandes estadistas, todos los estadistas merecedores de ese nombre, han sido puestos a la adopción de un sistema inflexible, de una doctrina, de una teoría o de un programa, concebido A PRIORI y al que servilmente haya que sujetarse.

Napoleón —nos explica Madelin— no profesaba el culto de los principios. Sólo le parecían aquellos recomendables, en cuanto fuesen susceptibles de eficaz y benéfica aplicación en los casos concretos que se fuesen presentando. Si no sucedía esto; si en determinadas circunstancias fallaban los principios, habría que prescindir de ellos y substituirlos por el criterio que conviniese.

“Es preciso ver —expresaba Napoleón— lo que hay de real y de posible en la aplicación de los principios y no lo que hay en ellos de especulativo y de hipotético. Seguir otro camino sería filosofar y no gobernar...”

“¿Es la política —se preguntaba— una ciencia matemática abstracta, absoluta? no; es la conciliación de los intereses, es el cálculo de las combinaciones...”

Y como esas combinaciones cambian tanto como los términos de cada problema, preciso será apelar al buen sentido, a veces, y a la intuición en otras, a fin de encontrar para cada evento o para complicación la salida, la solución o el recurso que resulte adecuado.

No de otro modo entendía y aplica el arte de gobernar aquel hombre habilísimo que se llamo Porfirio Díaz.

El no era afecto a principios generales, nos dicen sus biografías; ni se dejaba maniar por estrictos programas o absurdas intransigencias de partido.

“En política —solía él decir— no tengo amores ni odios.”

Y en efecto, comprendiendo que el país necesitaba una elástica y noble política de atracción supo prescindir de muchos de los rancios exclusivismos del viejo partido liberal y prefirió gobernar para todos, sin estrecha y funesta distinción de banderas. ¡Lástima grande que en lo económico, social se haya extraviado en forma tan lamentable!

La sujeción incondicional a un partido (y por lo mismo, a su programa inflexible) repugnaba profundamente a Napoleón. “Gobernar para un partido es ponerse tarde o temprano bajo su dependencia. No caeré yo en esa trampa” —decía con viril decisión.

¿Qué es lo que, en final de cuentas, tiene que hacer el político? Algo tan sencillo en apariencia como difícil en el fondo: elegir entre los centenares de soluciones que las doctrinas y la propia fantasía le ofrezcan, aquellas que realmente coincidan con las circunstancias y respondan a las exigencias de la hora.

“Hemos dado ya fin a la novela de la Revolución —exclamaba Bonaparte—. Empecemos su historia”. Esto es, dejemos a un lado lo utópico y lo irrealizable, desechemos las intransigencia y los exclusivismos que dañen, apartemos la paja y quedémonos con lo medular de la Revolución, tomemos de ella lo bueno y lo perdurable y arrojemos por la borda lo accidental, lo efímero, lo que ofrezca síntomas de pestilencia, lo que demuestre ser simplemente basura, desperdicio o escoria; de ese modo fue, como en su primer periodo gubernativo, en esa admirable etapa del Consulado, consiguió restaurar la normalidad, unir los espíritus, conciliar los intereses dignos de respeto y reconstruir la unidad y la grandeza de la Francia. Eso pudo hacerlo con una política de atracción y de concordia.

Después, pero sólo después, vinieron los errores del Imperio, la ambición sin freno, la locura de la dominación universal.

Pero antes, mientras Napoleón fue sólo el Primer Cónsul, demostró, una y mil veces su maestría en el difícil y escabroso arte de gobernar; arte que se escapa a todas las reglas y en que todo lo hace la intuición, la adivinación de lo que en cada caso convenga. Allí radica el arte soberano del estadista.

Por todo esto y salvo mejor opinión, creo no estar del todo equivocado a sostener que la política sí es un arte, si bien un arte en lo absoluto SUI GENERIS.